

AÑO X

ATHENEA

Nº 5

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

COMITE DE REDACCION:

JUSTO A. FACIO • RAFAEL CARDONA • ROGELIO SOTELA
J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

EL VIOLIN

No es el violin un pájaro que canta,
ni es un sensible corazón que implora;
si la pasión lo estruja, se agiganta,
si el sentimiento lo acaricia, llora.

La mano que lo toca y lo levanta
es quien le imprime un alma voladora;
la música sutil que nos encanta
es obra de esa mano creadora.

Así el verso que a todos nos seduce,
¿Por qué loar a aquel que lo produce
si él no es más que un violin hecho de rosas?

La emoción que lo pulsa y que lo inspira
es quien ruge, quien canta y quien suspira
en el eterno ritmo de las cosas.

JOSE MARIA ZELEDON

Directiva del Ateneo de Costa Rica

Presidentes Honorarios

Justo H. facio

Fundador del Ateneo

Antonio Zambrana

Presidente

Alejandro Alvarado Quirós

Vicepresidentes

Jenaro Cardona

J. M. Alfaro Cooper

Vocales

Luis Castro Saborio

Carlos Orozco Castro

Clodomiro Picado

Alceo Hazera

César Nieto

Secretario

Rogelio Sotela

Toda correspondencia relativa a **Athenea** debe ser dirigida al apartado 572. La suscripción mensual es de cincuenta céntimos.

La Administración está a cargo de Rogelio Sotela

Colaboran todos los Ateneistas.



KERENSKY

Kerensky

Traducción de Alejandro Alvarado Quirós

¡Extraño y prodigioso destino el de este hombre que apareció bruscamente en la escena del mundo!

Obrero y piloto de la revolución, pronto se vuelve su favorito, más aun, se convierte en su estandarte. Creado por una tempestad, apenas la conjura cuando otra se le presenta, aunque a decir verdad las dos se confunden y la segunda no es sino el corolario obligado de la primera. Y no por eso deja de ser Kerensky el hijo de la tormenta.

De la noche a la mañana escala las cimas de todo, del poder y de la energía, de la esperanza y del peligro. Para sí mismo y para su país su carrera es vertiginosa. Aparece como un gigante antes de que puedan aquilatarse los títulos de su grandeza, y toma posesión tan brevemente de la historia que no da tiempo a la leyenda para surgir y completarse.

Nadie sabe de dónde vino y el mundo contempla para dónde va, a dónde quiere ir. Es un desconocido y un inmortal. Es preciso que no muera todavía, pero si terminaran en este instante sus días, habría vivido lo bastante para la gloria.

Es dictador a su pesar y por la voluntad de los acontecimientos; por la fuerza de las cosas está investido de un poder igual al de los zares. No siempre se está a la altura de lo que se ha derribado, pero Kerensky parece tener suficiente talla para lo que desea erigir.

El prospecto que se le ofrece, la plataforma que ha construido repentinamente, es terrible y fatal, única por su incoherencia y su falta de solución.

Todo se lo envían y apenas lo recibe parece como que se lo retiran, formándole el vacío a su rededor; en su medio, su actividad se manifiesta a pesar de una malla de contradicciones; irradia dentro de la encendida púrpura de la antítesis.

Jefe oficial del ejército y la marina, no le pertenecen todas las tropas y al día siguiente de haberse calmado se insurrecciona Cronstadt. Amo de la hora, al capricho, a la sorpresa de un minuto, no es dueño de su tiempo. Amo de la fuerza y de lo material, no lo es de lo moral, ni de los hombres. Manda y puede castigar, pero sin estar seguro de ser obedecido puntualmente y en todas partes. No posee la corona imperial, pero lleva la de sus responsabilidades más pesada que la diadema de Nicolás. Carece de corte, pero Berlín se apresura a crearle cortesanos; tampoco tiene palacios, pero disfruta de algo mejor, de todas las *isbas*. Por doquiera está como en su casa, sus residencias se hallan en todo el territorio de Arcángel hasta Sebastopol. Vive solo, sin numerosa servidumbre ni brillantes equipajes, pero un pueblo entero le sirve de escolta y la nación forma su séquito. Tampoco ostenta cordones, águilas o cruces, ni siquiera porta charreteras y hasta dudo que tenga un arma, un sable o un puñal del Cáucaso.

Poco importa. Su espada es su pensamiento! En las pocas fotografías que le han podido tomar sin su consentimiento, —pues no tiene tiempo de retratarse —aparece su figura cortante, con el semblante como una lámina y el cuerpo doblado como una hoz. Se adivina la tortura de su interior cual si se gastara como un hombre de hielo de Siberia que el fuego está consumiendo; y con su

austero uniforme civil, su traje de trabajo, es realmente la vera efigie del comisario hurafío y pálido de la Patria, del demonio de la Salud Pública.

Como solo él tiene autoridad reconocida y como en la descomposición de los partidos todos apelan a él, unos para sostenerse, otros para derribarle, es necesario que se multiplique con fuerzas hercúleas. Toda Rusia lo busca, toda Rusia lo reclama y a la misma hora.

Está en Petrogrado y con instancia lo piden del frente; apenas se presenta, cuando ya lo solicitan de nuevo de Petrogrado. Por todos lados los negocios están candentes. Una noche vela en su gabinete y un minuto después ya se ha marchado. Todo lo deja, todo lo aplaza para precipitarse hacia lo más urgente, a la barricada que flaquea, a la primera línea en desorden. Parte tal coma está y como se pueda, viaja con lo que encuentra a mano: un rápido, un auto, caballos, bueyes, y si fuere necesario irá a pié y siempre llegará a tiempo; aparece allá lejos, fulgura, estalla, destituye generales, besa a los heridos en la boca, aplasta con el talón la cabeza de las víboras o quiebra en el nido, veinte veces al día, los huevos de la rebelión y con su propia mano resuelve los asuntos más importantes.

De una gradería quebrada, de un talud, de un montón de leña o de piedra, improvisa una tribuna para pasar revista de las tropas y de las almas. Bajo sus miradas los cuerpos recobran la formación y los corazones el ritmo. Se desbandaban y de nuevo desfilan. Y él, nuevo Marius, subido sobre las ruinas, no para sentarse sino para permanecer de pie, lanza a las tropas desde su pedestal las palabras explosivas, comparables a las granadas que preparan el terreno, él es el Demóstenes de ese oleaje que debe a voluntad aplacar o enfurecer. Entonces es cuando la inspiración le presta sus acentos sobrehumanos que pulverizan los obstáculos y despejan de nubes el horizonte, momentos en que vislumbra y se le aparecen las perspectivas de la victoria.

Ah! si pudiera permanecer allí, si nunca abandonara las trincheras! Pero no! no tiene derecho a ello, no pertenece a sus preferencias.

Se le exigen y de él se obtienen toda clase de sacrificios: los de su salud, de sus nervios, de su cerebro, de su corazón, de su sensibilidad, y con excepción del de su conciencia, todos los concede y llena más allá de lo que permite el desgaste humano, el milagroso deber a que está por entero consagrado.

Ha recibido para este apostolado las virtudes esenciales. Enfermo lleva sin flaquear el bagaje de su dolor, que constituye su fardo pero que a la vez le sirve de almohada. Ha tenido que aprender a ser paciente y sólo Dios sabe la prisa que necesita, con todo hay que aceptar la pérdida irreparable del tiempo; tiene que ser sencillo y presidirlo todo, asistir a consejos soporíferos, saber escuchar, prestarse con una cortesía evangélica a las discusiones, a los discursos, a las lentitudes, a las niñerías del mujik y enseguida, sin cambiar de tono, persuadir, convencer y hablar con dulzura, después de haber rugido; ingeniarse para abrir muchos cerebros como si fueran cerraduras y descubrirles el secreto, la vuelta de llave indicada por la razón y la prudencia. Nada es más penoso cuando se está dedicado a la obra grande, de conjunto, que verse obligado también a entregarse a lo pequeño y subdividir la atención entre las redes del detalle.

Aunque nada de esto impide a Kerensky que continúe su marcha. Apenas divisa lo inaccesible, corre a encontrarlo y le place multiplicar lo imposible. Por nada se vuelve, por nada se desalienta. La catástrofe le sirve de trampolín y salta a cada paso sobre el puente de los acontecimientos. A veces

se enfurece al creer que no se le comprende y que el Destino se desploma sobre su cabeza; por eso lanza a porfía su dimisión en la hoguera; y una hora después se la devuelven, a la manera de aquellos bastones que los Mariscales de nuestra antigua Francia arrojaban en medio de la reyerta y que nunca se extraviaban.

Kerensky tiene conciencia de su misión; nació del desorden y debe ordenarlo todo, restablecerlo todo. Palpitante de fiebre, ronda sin cesar y como el perro, agrupa las ovejas que se apartan del rebaño, listo a saltar a la garganta del lobo y, . . . a la de los pastores si los juzgara malos.

¿Salvará acaso a Rusia, a la cual ha logrado detener en el borde del precipicio? Así lo esperamos, así lo creemos todos.

El abismo lo admira y quizás sea su teniente o su cómplice. No siempre ha de consumir: a veces, cuando se necesita, el abismo tiene sus generosidades.

Y Kerensky con su perseverancia sublime, se impondrá y subyugará al abismo.

Henri Lavedan

Le récif de Corail

Le soleil sous la mer, mystérieuse aurore,
Eclaire la forêt des coraux abyssins
Qui garde aux profondeurs de ses tièdes bassins
La bête épanouie et la vivante flore

Et tout ce que le sel ou l'iode colore,
Mousse, algues chevelues, anémones, oursins,
Couvre de pourpre sombre en somptueux dessins,
Le fond vermiculé du pâle madrépore

De sa splendide écaille éteignant les émaux,
Un grand poisson navigue à travers les rameaux
Dans l'onde transparente indolument il rôde. . .

Et brusquement, d'un coup de sa nageoire en feu,
Il fait par le cristal morne, immobile et bleu
Courir un frisson d'or, de nacre et d'émeraude.

J. M. de Heredia

El Arrecife de Coral

El sol bajo la mar, misteriosa aurora,
Ilumina la selva de bosques coralinos
Que guarda en la tibieza de sus lagos hialinos
La bestia florecida y la viviente flora.

Todo lo que la sal o el iodo colora,
Musgo, alga cabelluda, anémonas, esquinós,
Cubre de oscura púrpura, suntuosos gobelinos,
El fondo de madrépora que la oquedad decora.

Apagando el esmalte de sus regias escamas,
Un pez enorme boga a través de las ramas;
En la onda trasparente se dibuja su espalda. . . .

De pronto con un golpe de su candente aleta
Hace por entre el agua lóbrega azul y quieta
Correr un temblor de oro, de nácar y esmeralda!

Alceo Bazera

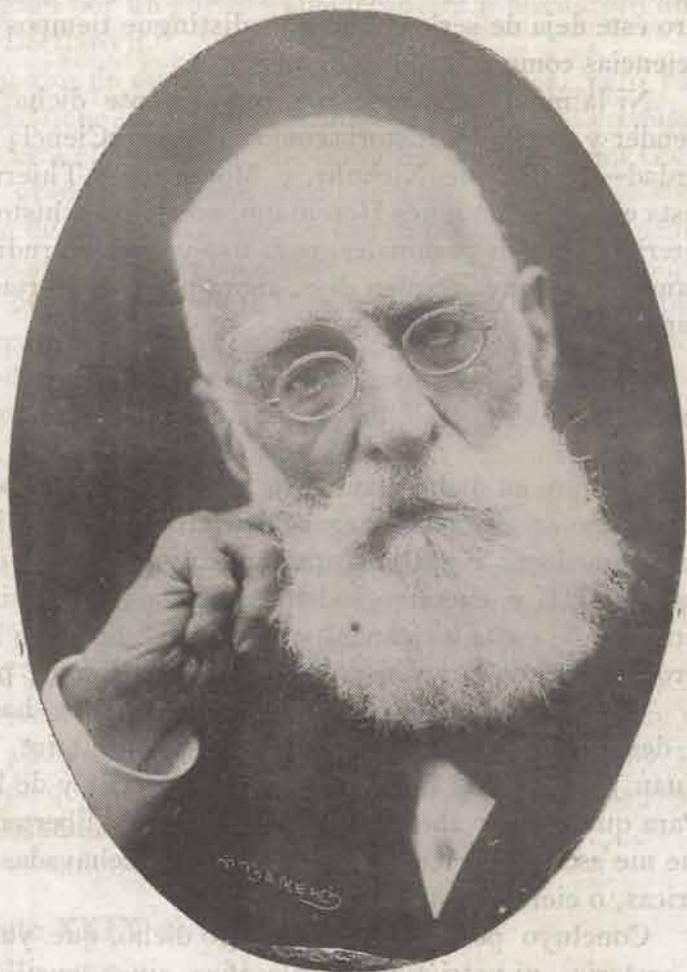
Conversación

De Ciencia y Arte en Historia

Por desgracia mía, ni artista ni sabio soy; pero, a Dios gracias, tengo algo de audición y algo de sentido común, y estos algos me hacen ver claramente cómo la historia, obra literaria, fue artística primero, luego ha sido filosófica y por último llega a científica y, lo que es más, de ciencia aplicada a la educación pública entre civilizados.

* * *

Por eso Herodoto, llamado padre de la Historia, fue de verdad poeta, con las «Nueve Musas», así como Tucídides fue orador y Jenofonte rayó en novelista delicioso. Tito Livio escribió sus «Décadas» con tanto patriotismo romano, que apenas pudo estimar méritos de cartaginés con su retrato de Aníbal, hecho verbalmente como en su lugar lo habría pintado Cervantes.



Doctor D. Valeriano f. ferraz

Ilustre colaborador de Athenea

Bien quiso Tácito atenerse a la filosofía en sus Anales y su Historia, para escribir «sin odio ni afición», pero «airado» contra la tiranía y con vergüenza por la corrupción de costumbres romanas, las fustigó poniéndoles delante su inmortal ensayo «De moribus germanorum». Puede pensarse, según ello y en el plano y bajos del buen sentido, que no hubo, ni pudo haber en sus bellas obras la serena imparcialidad que él mismo predicaba.

Pasan años y siglos—que son días en la vida de las gentes—, y la Edad Media ofrece «Leyendas de Oro» y crónicas maravillosas que parecen inspiración de musas también, pero de las Musas Cristianas. La Historia es, por tanto, apasionada, religiosa y poética, como antes y desde el principio se había manifestado. De ningún modo puede ser extraña al estudioso pensador; pero éste deja de serlo cuando no distingue tiempos ni costumbres, en letras y ciencias como en todo lo humano.

Ni la mentalidad moderna, propiamente dicha, pudo en tres siglos comprender y escribir la historia como ciencia—«Ciencia Nueva» de real y positiva verdad—, hasta que Niebuhr, y Mommsen y Thierry, Macaulay, Bourne y hasta el sabio portugués Herculano, acertaron a historiar de veras, dejando los anteriores modos pasionales para uso y recreo erudito de «liberales y grafómanos» . . . que alguien dijo, ahora poco, despertando a fuerza de belicosas clarinadas.

* * *

Siempre en dicho plano—ya que parece de moda esa voz—entiendo ver un criterio arcaico para juzgar de acontecimientos históricos, no atenerse a la ciencia moderna y positiva, que nunca podrá ser la de cualquier «filósofo» del siglo XVIII, y enemigo, además, de todo lo cristiano católico. Bien podrá pensarse de cosas humanas, y juzgarlas, fuera de la Iglesia—me parece—; pero no fuera de la razón y de todo pensar libre de prejuicios sistemáticos.

Y éstos eran tales en aquellos tiempos, que hasta con título eclesiástico se desatinó de «las Indias», tanto como Voltaire, de la Biblia, y el infeliz «Juan Jacobo», del famoso «Contrato Social» y de la «Pedagogía naturista». ¿Para qué repetir ahora que no me asustan libertades? . . . Pero lo cierto es que me asombran ciertas religiosidades conchavadas con ciertas filosofías históricas, o ciertas historias filosóficas.

Concluyo pensando, como tengo dicho, que ya la historia no es poética, ni oratoria, ni patriótica, ni filosófica, sino, sencillamente, científica, o, por mejor decir, «historia»; que en su alma etimológica dice saber, conocimiento cierto, así como, según Cicerón, es «maestra de la vida, vida de la memoria, testigo de los tiempos y mensajera de la antigüedad». Hoy es todo ello en cuerpo y alma.

Val. f. ferraz

LITERATURA EXTRANJERA**El libro de Blaise**

«El Libro de Blaise» de Felipe Monnier, es un libro que deja una impresión semejante a la del «Diario de un Niño» de Amicis. Esto es decir que se siente como si se nos entrara en el corazón un pájaro blanco posado en un rayo de luna que comenzara por un gorjeo y luego cantara músicas profundas como las que componía Beethoven.

Es un libro de recuerdos de escuela, encantadores y rientes, pero bañados en esa melancolía que tiene todo lo que se mira a la hora del crepúsculo de la tarde. Entre ellos está el de Berton, un chiquillo hermano del Garron de Amicis: Berton es grande. No tiene miedo de nada; ha estado lo menos en diez batallas, en una de las cuales quebró dos muelas a un compañero. Tiene las mejillas sonrosadas y las orejas separadas que mueve cuando quiere. Sabe escupir como los hombres y no hay fruta silvestre, cuya pulpa guarde un granillo de azúcar, que su paladar no haya saboreado. Sus biceps y sus muslos son de piedra. Es un picaruelo que hace con sus manos lo que se le antoja: se ha hecho un kaleidoscopio, una pila eléctrica, un barco de tres mástiles con portas y cofas y que tiene en proyecto una máquina de vapor. Es muy generoso: presta todo lo que tiene y lo olvida luego. Berton es franco, leal y no conoce el rencor. Blaise dice que cuando va por la calle con Berton, sintiendo el brazo de éste en torno de su cuello, piensa que así iría hasta el fin del mundo. A su lado nadie se fastidia; sabe muchas historias, enigmas, calemboures. Entre su caja hay de todo: cuerdas, una hachita, tornillos, un retrato de Garibaldi, una pequeña botella con jugo de regaliz. Los maestros lo aman aun cuando para el estudio no es una gran cosa, sobre todo para el latín: nunca ha podido comprender la diferencia entre el supino y el gerundio. Esto no impide que él desee ser un gran inventor. Jamás llora y es difícil irritarlo, pero cuando se enoja es terrible.

Blaise desearía ser el amigo íntimo de Berton.

Capítulo XXIV de "El Libro de Blaise"**De una cojita que era la novia de Berton**

Traducción de Carmen Lira

Se llamaba Franceline. Cojeaba. Apoyada en su muletita iba por las tiendas y por los umbrales de las casas. No podía correr, jugar, girar en la ronda con las otras, ni atrapar entre sus manos las mariposas. Algunas veces, envuelta en su delantalcito negro, se detenía ante una vitrina donde había una lámina, y miraba!... Era hija de una planchadora que vivía al final de una calle de la ciudad Alta. Esta era la novia de Berton.

¿Por qué capricho del misterioso destino, se habían unido estos dos seres? ¿Cómo Berton, divertido, brillante y vigoroso, había podido descubrir un en-

canto en esta niña oscura, hija de la sombra y del duelo? El alma humana es insondable y nadie penetrará nunca sus caminos.

Yo creía guardar a mi Berton como a mi cuchillito de bolsillo. Sin embargo Berton me era tan desconocido como un desierto. Un misterio llenaba su vida. Al igual del poeta Arvers, tenía su secreto. Y este secreto que guardaba tan celosamente como un estuche su joya, que él ocultaba no por vergüenza sino por una especie de pudor divino, conocido tal vez sólo por mí, era sobre su vida lo que un pedazo de cielo en lo alto de un muro.

Cuando me hablaba de ella—¡y cuántas veces lo hizo a partir de aquella tarde de antaño!—era después de ratos de conversación indiferente, en lugares solitarios del campo, y siempre entre dos silencios, como si hubiese querido aislar este asunto de los hechos vulgares. Cuando entraba en casa de ella, a la que quiso llevarme varias veces, se recogía y bajaba la voz instintivamente, como a la puerta de una iglesia. Cuando la miraba, se callaba para envolverla mejor en una mirada de admiración muda.

Linda, no era precisamente linda. Franceline no ofrecía nada de extraordinario; no tenía nada de provocante ni de notable. Su gracia era la de esas cosas borrosas que sólo remarcan los taciturnos. Con sus cabellos alisados, su tinte diáfano y el brillo de sus grandes ojos color de myosotis, era una florecita sin tallo, de perfume casi imperceptible, una pequeña alma prendida del cuerpo apenas por un hilo. Sobre el gris de los días monótonos, se delineaba su perfil indeciso, como sobre la pared de un claustro cubierto de hierba una virgen adolescente de un fresco prerrafaelista. A los ojos de Berton, ella aparecía incomparable.

—Sin duda que Elsa—me decía él. Pero Franceline!

Y cuando medito en ello, pienso que tal vez porque era robusto, membrudo y enérgico había escogido para amar a esta criatura enclenque y menuda; como era sano, franco y alegre, había sabido comprender la delicadeza enfermiza del sér débil y dolorido. En su vida física, tan bien preparada para lo material, sólidamente implantada en el suelo, ella era la revancha, quizá necesaria de la poesía y de la vida superior del espíritu. En su existencia dichosa, abierta al ambiente exterior, ella era la soberanía omnipotente del dolor.

* * *

Franceline y su madre habitaban en lo alto de la calle de la Gradería, dos piezas pobres y limpias. La casa existe todavía. Lleva el número 18. Desde la escalera sombría se ven los nobles Jardines de los Canónigos, de formas discretas cubiertos del polvo gris de los viejos *balandriers* carcomidos. Sobre una puerta de nogal está grabada la inscripción siguiente: «Schmied, vestidos y capotes». Es allí.

Generalmente las dos mujeres estaban en la cocina; al lado de la cocina su alcoba, recinto infranqueable para los extraños.

Algunos utensilios de cobre reluciente, el enladrillado rojo, las planchas sobre la estufa, un jilguero en su jaula, un gajo florecido en un vaso, he aquí todo; y en torno, la sombra, la sombra delicada, la sombra distinguida, la sombra que suaviza y afina las almas y los contornos.

Las dos mujeres estaban protegidas por la sombra, al mismo tiempo que preservadas por el duelo. En ellas, por sobre ellas, algo había pasado. No se sabía qué. En su cuarto, me contó Berton, había un cofre de laca siempre cerrado con llave.

La madre planchaba, iba, venía por la cocina con un movimiento suave y apacible. Sentada junto a la ventana, en la poltrona de paja, delante del velador adornado con un tapiz de crochet, Franceline miraba láminas. Cantaba, soñaba, pensaba en cosas muy lejanas. Cada día más transparente, cada día más pensativa. Como ausente de este mundo, su alma se paseaba entre vergeles maravillosos. Sus ojos abiertos de par en par, contemplaban el más allá. Delante de ellos, las barreras se desplomaban y se abrían puertas espléndidas. Al alcance de su mano, estaba apoyada contra el muro la pequeña muleta de contera gastada. Berton entraba y se sentaba a su lado.

Apagando su alegría, comprimiendo su tumulto, purificando su lenguaje y castigando sus modales, Berton se mostraba dulce. Le traía de sus expediciones lo que encontraba de más raro y bonito: gencianas cortadas en la Garganta Grande, guijarros brillantes recogidos a los bordes del Ródano, un nido vacío descubierto en la cima de un álamo, un racimo de cerezas, zumo de regaliz, un escarabajo entre una caja. Fabricaba para ella, con sus dedos ingeniosos, jaulas, marcos de madera calada, marcadores de libros de hojas de encina, zampoñas con corteza de sauce. Le prestaba sus libros de aguiñaldo; le contaba historias; le explicaba la distribución del vapor en la caja de la máquina de vapor y las pilas de carbón y zinc. Le hablaba del colegio, de los maestros, de sus padres, de su tío de Buenos Aires. Un día puso un anillo a su muleta. Otro día le copió tres poesías en un librito de notas: «Oh! Padre a quien mi padre adora», «La Nevatilla» y «La Muerte de Juana de Arco».

La madre contemplaba las siluetas de los niños dibujadas en la ventana. Algunas veces Franceline sonreía.

—¿Estás contenta, Franceline?

Franceline respondía:

—Sí estoy contenta.

Entonces la madre removía con un gesto más vivo las brasas de su carbón. Las piezas blancas, las piezas caladas y bordadas que aderezaba para otras mujeres, se apilaban ligeras en la cesta de paja. El jilguero saltaba a otra percha. Una ventana se cerraba en el primer piso. A lo lejos, muy lejos, los obreros inclinados sobre el banco, limaban el hierro; los albañiles, de trajes descoloridos, se estacionaban delante de las puertas; las fuentes manaban; había mujeres que iban a la farmacia a comprar remedios.

Y en la intimidad de estas pobres gentes afinadas por la prueba y por la sombra, Berton solía pasar horas. Se escondía en esta compañía triste y limpia, como en un retiro dichoso. Se metía allí como en el escondite en que uno se instala para leer. ¿Por qué? Sin embargo Franceline y su madre no le daban nada. Ay! ¿Qué iban a darle ellas, pobres mujeres, de su vida de reclusas o de su aparador desprovisto? Era él, Berton, el hijo rico del burgués quien les llevaba todo: sus atenciones, sus asuntos, sus historias. Les hacía mil pequeños servicios. Las aconsejaba con su experiencia y su autoridad. Ayudaba a la madre a subir su cubo de agua. Arreglaba la muleta de Franceline. Él era su única relación, el eco del vasto mundo que se desarrollaba en torno de ellas y del que no sabían nada. El era su providencia y su alegría. Y quizá era por esto que cerca de la ventana gris en donde Franceline le sonreía, Berton se encontraba más feliz que en otra parte.

* * *

Cuando Franceline clavada por la enfermedad de labor invisible guardó su muletita en el armario y tuvo que renunciar a ir a mirar ante los escaparates de las tiendas, Berton la amó más aun: la transportaba en sus brazos de fauno niño, leíale los crímenes de los diarios, siempre fiel, cada vez más solícito. Pero cuando en un día de abril en que sobre las tejas doradas las chimeneas tenían color de rosa, Franceline entregaba su alma al cielo, Berton no lloró.

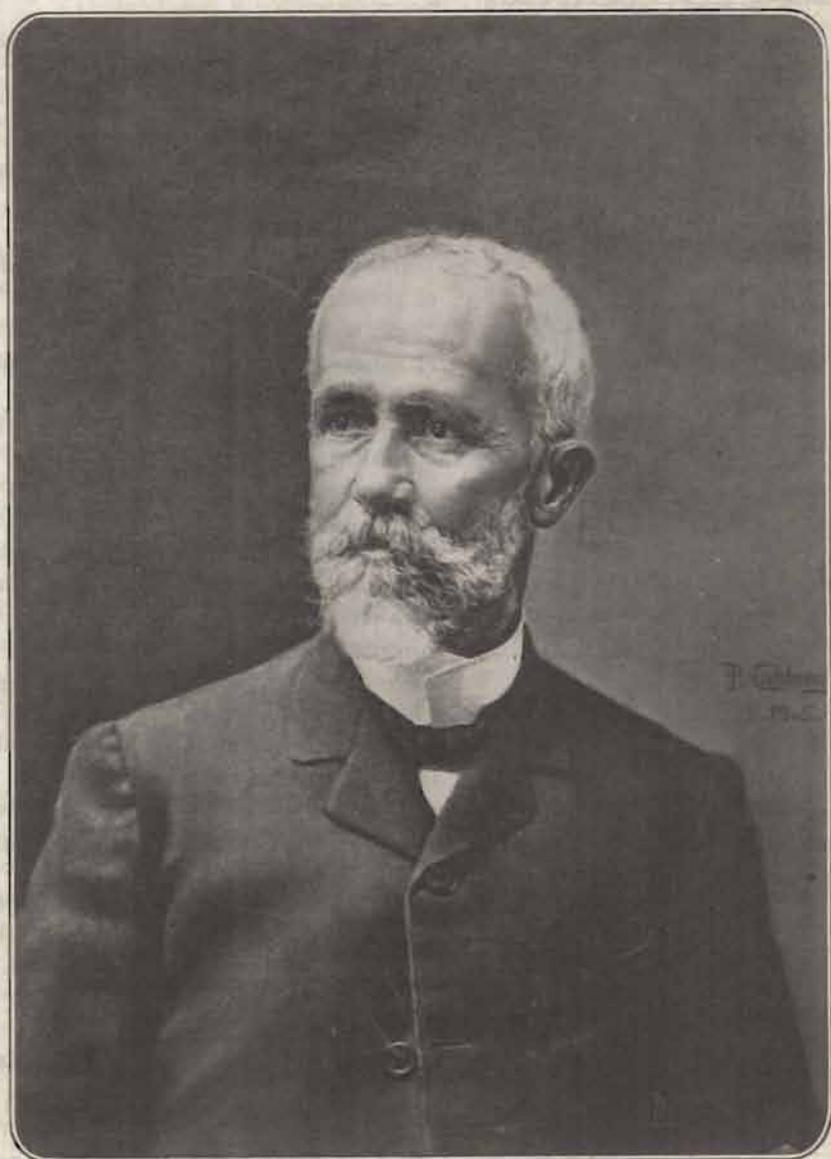
No me habló más de ella ni permitió que yo le hablara. No se lamentaba nunca. Se mostró sencillamente, más indomable que de costumbre. Algunos años después se hizo un cínico. Hoy ha desaparecido.

Los otros dicen: ¿Recuerdas a Berton? Si había alguno tallado para la lucha era él. Sin embargo mira, nada ha dado. ¿Se ignora el fin que ha tenido? ¿Existe siquiera?

Yo inclino la cabeza y no respondo. Ellos no saben que Berton ha sido golpeado en el corazón de su vida. No saben que Franceline murió. Con la muerte de Franceline se perdió para él la suprema razón, de ir, de ejecutar, de amar, de creer, de servir. Sobre el muro, el trozo de cielo azul se había extinguido. Algunas veces, cuando llamado por mis negocios, a orillas del lago, desciendo la Gradería, me acontece que subo la escalera del número dieciocho y sueño de codos en la galería.

—¿A quién buscáis?—me gritó un día una voz brutal.

—A mis recuerdos, le dije; a Berton que ha vivido aquí y a Franceline que está muerta; a todo lo que ha sido y no es; a este enigma de nuestros destinos que parecen inscritos de antemano, que se cumplen a pesar nuestro y hacen de nosotros, pobres seres efímeros, hermanos de un día en la debilidad y el dolor. . .

Ecos de la Exposición

Lic. don Mauro Fernández

**Copia del cuadro ejecutado por don Próspero Calderón
y premiado en la Exposición Nacional última
con medalla de oro**



Srta. Amalia Montagné Carazo

Prometida

Yo juntaré mi pensamiento casto
al pensamiento celestial de ella,
como se junta bajo el cielo vasto
el fulgor de una estrella y otra estrella.

Tendré su mano pura entre mi mano
como un pájaro trémulo y caído
que busca rimas en lugar de grano
y va a sorber azul entre su nido.

Juntaré mi tristeza ennoblecida
a su tristeza angélica y serena,
como una luz de luna desprendida
sobre el blanco temblor de una azucena.

Le ceñiré mis lauros y la nombro
la Reina espiritual y pensativa
para ufanarme con su frente esquiua
coronada por mí, sobre mi hombro!

Frente de hostias y de luz, pequeña
como una estrella que cayó del cielo
para venir hasta su sien que sueña
bajo el ala ondulada de su pelo...

Veré sobre la paz de su mirada
la más honda promesa del Halago,
y allí estará mi alma reflejada
como un astro sereno sobre un lago.

Y como es un ánfora su cuello
en donde el alma de la Grecia busca
la línea inmaterial del arte bello,
será para mí amor ánfora etrusca.

Y mi mano en el ánfora, amorosa,
ávida de posarse en lo impoluto,
soñara en la caricia temblorosa
tallar sobre un marfil de Benvenuto!

Signo de caridad en mi camino
será la buena amada que venero;
y para que arda ante su altar divino
será mi corazón un pebetero. . .

Altar de la Harmonía
donde en un cáliz de ilusión consagro
el rito espiritual de mi poesía,
en donde el ideal se hace milagro
y el amor se hace blanca Epifanía.

Porque la amada que mi verso enciende
es fuente donde todo bien se hilvana;
ella el sentido de lo azul comprende,
sus alas blancas como un ángel tiende
con una santa devoción de hermana.

Yo la tendré junto al ensueño mío
para que haga más noble mi esperanza;
mi alma será la flor y ella el rocío
y estará el corazón en su acechanza
como están las riberas para el río. . .

Y así estará mi fe en su compañía,
y así estarán su bien y mi tristeza,
fundidas su humildad y mi alegría
como un hilo de agua que corría
con el hilo de agua que tropieza. . .

Y ser ella la espuma y yo la fuente,
y ser la musa que me dió sus galas
para seguir los dos serenamente
como van en un pájaro las alas!

Rogelio O. Ojeda

SECCION CIENTIFICA

Cultura mental

(Continuación)

¿Cuál es el asiento de la mente?

CEREBRO—Las observaciones anatómicas modernas han demostrado que en los individuos que padecen de *enajenación mental* siempre existe alguna lesión del cerebro; luego hay una relación estrecha entre el cerebro y las facultades intelectuales y aunque ignoramos el mecanismo íntimo del pensamiento, justo es reconocer que se tienen conocimientos ya que marcan un progreso en el estudio de las funciones cerebrales.

Flourens en el año 1840 hizo experiencias interesantes con animales, que pudo conservar por algún tiempo habiéndoles quitado parte del cerebro. Perros así mutilados permanecían soñolientos, inmóviles, con la cara sin expresión; si se les llama no atienden, ni mueven la cola; si se les pone carne por delante no la comen, y se necesita ponerles el alimento en la faringe para despertar la acción refleja de tragar, lo que hacen de manera inconsciente.

En ese animal había desaparecido el instinto y la inteligencia, tan viva en general en el perro; y tan demostrativo que es, sobre todo, cuando su amo lo llama por su nombre y lo acaricia. De estos hechos se ha deducido que el cerebro es el centro de las facultades intelectuales.

A consecuencia de estos experimentos se ha pretendido establecer una relación entre el peso del *cerebro* y el grado de inteligencia. Los microcéfalos con un cerebro muy reducido de menos de 1000 gramos, (peso medio 1100), generalmente son idiotas; por otra parte el cerebro de Lord Byron pesaba 1800 grs., el de Cuvier 1860 gramos y el de Cronwell 2200 gramos, es decir, el doble del peso corriente.

Pero hay que tener en cuenta, no sólo la cantidad, sino también la calidad de la sustancia nerviosa; prueba de ello es que el cerebro de Gambetta pesaba menos del término medio, siendo tan insigne orador. Y es que el *crecimiento* y el *desarrollo* no son exactamente lo mismo. El crecimiento supone tan sólo el aumento de tamaño o magnitud y el desarrollo consiste en cambios de estructura íntimos en aumento de complejidad.

Así el cerebro en tamaño adquiere su maximum hacia el fin del séptimo año de edad y el grado de desarrollo es muy inferior al que se obtendrá después que la cultura intelectual continúa efectuándose hasta llegar a la edad adulta.

A medida que nos elevamos en la serie animal, el peso del cerebro aumenta y *su superficie lisa en los animales inferiores* se pliega poco a poco. La proporción del peso del *cerebro* con relación al *peso del cuerpo* es en los peces de 1 a 5000; en los reptiles de 1 a 1500; en las aves de 1 a 200; en los mamíferos de 1 a 180; en los monos de 1 a 120 y en el hombre de 1 a 50. Estas relaciones y proporciones muestran desde luego la superioridad que caracteriza el tener un desarrollo amplio del cerebro con relación al peso del cuerpo.

Desarrollo y estructura del cerebro y de sus centros

Este órgano que encierra los misterios del pensamiento y los atributos del espíritu, es el objeto de interesantes estudios anatómicos y fisiológicos; de investigaciones pacientes de los sabios de varias generaciones, y aunque no se ha llegado al conocimiento íntimo de sus funciones, y no se ha podido descubrir el origen del pensamiento humano, justo es que yo os exponga lo que se sabe de su estructura y desarrollo que es ya bastante, aunque sea muy en resumen, para comprender mejor la importancia del cultivo intelectual y robustecer las ideas del perfeccionamiento mental por el esfuerzo voluntario.

Origen

El cerebro y los otros centros nerviosos que constituyen el encéfalo, tan complicados en su estructura anatómica, tienen un origen tan sencillito que vale la pena recordarlo.

Al fusionarse las dos células, *macho y hembra*, para dar origen al nuevo *sér*, puede decirse que no hay sistema nervioso, pero sí los elementos de donde saldrá. Esa célula fecundada, que tiene en su seno la potencia germinativa capaz de dar una nueva existencia prolífera, se multiplica, primero en 2, después en 4, en 8, en 16 y así sucesivamente para dar un conjunto de células, que a su vez van diferenciándose más y más; las unas ocupan la parte externa de la organización celular, se llama *ectoderma*, y el *endoderma*, que ocupa la parte interna.

Del grupo externo, es decir, del *ectoderma*, nace por un hundimiento del mismo un canal que se llama medular, formando un *tubo* aislado del resto del *ectoderma*. Ese tubo, alargado en sentido longitudinal, tiene una extremidad cefálica que se subdivide en tres *vesículas cerebrales primitivas*.

La primera se subdivide en dos y la tercera en dos, dando cinco *vesículas cerebrales secundarias*, que darán los *hemisferios cerebrales* con sus múltiples repliegues que forman circunvoluciones y todas las otras formaciones de los centros nerviosos, como el cerebelo, protuberancia anular y Bulbo.

La vesícula primera se subdivide en *dos laterales*, que se pliegan mucho entre sí por el gran desarrollo que toman, dando así los *hemisferios cerebrales*.

Al principio el cerebro es liso; después, poco a poco, como su crecimiento es continuo y el del cráneo no sigue las mismas proporciones, el cerebro se pliega, dando las circunvoluciones. La primera que aparece es la escisura de Silvio, después el surco de Rolando y por fin la perpendicular; estos surcos dividen el cerebro en lóbulos que son: el *frontal*, *temporal*, *parietal* y *occipital*.

¿Qué estructura anatómica tienen estos hemisferios?

Los hemisferios cerebrales están formados por dos sustancias: una gris, situada en la periferia o *corteza del cerebro* y otra blanca situada en la parte *interna del cerebro* y que está formada de fibras nerviosas.

La sustancia gris del cerebro es la parte más noble del órgano y casi todos los centros nerviosos sensoriales conocidos actualmente, allí los encontramos.

La sustancia gris que parece tener el asiento superior de la conciencia, está formada de células nerviosas de forma piramidal de cuya base nace una fibra larga y ramificada en su extremidad, que se denomina cilindro eje y de la otra extremidad o cúspide nacen ramificaciones protoplasmáticas para las diferentes conexiones nerviosas que se efectúan en las operaciones mentales.

Estas células piramidales como toda otra célula nerviosa, con su cuerpo protoplasmático y todas sus diferentes terminaciones nerviosas, constituyen una entidad independiente denominada «el neurón». Y el conjunto de neuronas permite descubrir toda una serie de sistemas independientes, gozando cada uno de funciones especiales y perfectamente definidas. Los métodos nuevos de coloración: Ehrlich con el azul de metileno, Golgi con el cromato de plata, y Ramón y Cajal, sobre todo, perfeccionando este último, ha permitido a éstos y otros sabios histólogos, ayudados de potentes microscopios, aislar y localizar los elementos nerviosos, seguirlos en toda su extensión y constatar sus relaciones recíprocas. Desde entonces, la morfología cerebro-espinal quedó despejada; la densa nebulosa que antes existía fué reemplazada por la luz de un nuevo día, explicándonos ahora algunos fenómenos ignorados hasta hace poco.

Ramón y Cajal, notable catedrático español, honra y gloria nacional de España, nos ha demostrado que las células nerviosas que componen en su conjunto los centros, con sus respectivas prolongaciones protoplasmáticas, entran en relación con las fibras nerviosas provenientes de otras células por simple contacto, sin llegar a fusionarse como se presumía antes de su notable descubrimiento, sustituyendo así la idea de continuidad por la de contigüidad. Las arborizaciones terminales de las células, no continuándose indefinidamente con otras, son susceptibles de retraerse e interrumpir así las comunicaciones nerviosas de los Centros, deteniendo por consiguiente el influjo nervioso. Tal significación tiene ese simple detalle que él ha servido para revolucionar totalmente la fisiología nerviosa. En efecto, con tales nociones precisas, no choca al espíritu la teoría histológica de Matías Duval para explicar el sueño, acremente censurada en otra época; y se concibe mejor la teoría Poligonal del profesor Grasset y las ideas de Flechning, que estudiaremos enseguida.

¿Qué es un centro nervioso?

Es el conjunto de varios neuronas. Es interesante observar que el neurón será tanto más complicado cuanto más avanzado en edad sea. Así por ejemplo, encontramos al principio del desarrollo del neurón una simple pelotita protoplasmática con una sola prolongación pequeña y sin ramificaciones. Esas ramificaciones aumentan en longitud y en cantidad hasta llegar a un supremo desarrollo durante el cual se ponen en contacto con muchos otros neuronas vecinos y hacen así conexiones con los centros tanto más fáciles y rápidas cuanto más numerosos y alargados sean.

En ciertas enfermedades se ha podido observar alteraciones del neurón. En la rabia, el penacho protoplasmático de las células del cerebro desaparece, quedando sólo el vástago central y algunas ramas con ciertos glóbulos de mielina, por lo que producen parálisis y trastornos motores.

En otras enfermedades se han encontrado lesiones análogas, como en la parálisis general progresiva en la cual hay trastornos mentales muy marcados.

En la demencia senil, frecuente en las personas muy avanzadas en edad, se encuentra disminución de las ramificaciones de los neurones y aun la misma célula se deforma mucho tomando un aspecto casi embrionario, lo cual justifica, aun anatómicamente, aquel dicho: «los viejos son dos veces niños».

En los alcohólicos se ha observado también alteraciones interesantes en los neurones, y por eso disminuye la capacidad mental del individuo que tiene el hábito de tomar licor diariamente.

Ideas de flechning

En estos últimos tiempos, Flechning, después de observaciones laboriosas sobre el valor funcional de la corteza cerebral, llega a conclusiones tan nuevas como interesantes: admite en la corteza cerebral dos clases diferentes de zonas: una con centros nerviosos de *proyección* y otra zona de centros de *asociación*.

Los centros de proyección ocupan la tercera parte de la superficie de la corteza cerebral y comprenden cuatro regiones o esferas sensoriales, una táctil o gustativa, otra olfatoria, otra visual y otra auditiva. Cada una de estas regiones recibe fibras sensoriales pertenecientes a algún nervio sensorio y emite íntimamente unidos a las precedentes otras fibras motoras y por tanto son esferas mixtas.

La esfera táctil está localizada en el lóbulo frontal y parietal alrededor de la cisura de Rolando. La esfera visual en el lóbulo occipital; la esfera auditiva ocupa la primera circunvolución temporal.

Esos centros de proyección nos acarrean las sensaciones de la visión, del oído, del tacto, etc., y serán utilizadas por nuestra mentalidad mediante los otros centros denominados de asociación.

Estos, situados en los intervalos de los centros de proyección, tienen por carácter tener fibras de asociación que los unen a otras zonas de la corteza vecinas o alejadas y se unen además a los otros centros de proyección, es decir, a las esferas sensoriales que hemos visto ya, y es en estos centros de asociación donde toda sensación percibida deja un vestigio, una marca imborrable que caracteriza el *recuerdo*. Es en ellos donde se encuentran, se reúnen, se fusionan y se clasifican las sensaciones táctiles, visuales, acústicas y olfatorias. Es en esos centros donde esas sensaciones se comparan entre sí, y a otras sensaciones anteriores que han dejado impresas huellas. Es allí donde el espíritu encuentra todos los elementos indispensables para los actos de la vida intelectual o psíquica. Y estos centros serían en definitiva en el cerebro del adulto el *substratum anatómico* de lo que se llama *experiencia humana, sabiduría, conocimiento, lenguaje, sentimientos estéticos, moral, etc.* (van Geuthen).

Doctor Francisco Cordero

(Continuará)

La Misión Especial de El Salvador en Costa Rica



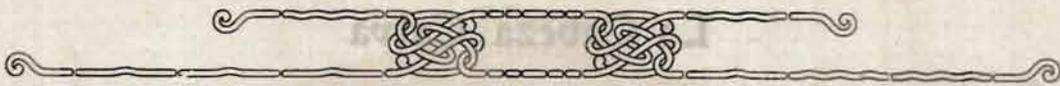
Excmo. Sr. Dr. D. Reyes Arrieta Rossi

Han llegado a esta capital en Misión Especial de su país ante el Gobierno de Costa Rica, el Excmo. Sr. Dr. D. Reyes Arrieta Rossi y el Hon. Sr. Dr. D. Rodolfo Schonemberg. Manifiesto siempre el cariño de los costarricenses por el noble pueblo de El Salvador, ha sido ésta una nueva oportunidad para demostrarlo. Los ilustres señores Enviados Especiales están bien satisfechos de la acogida tan fraternal que les ha dado el Gobierno y el pueblo de la República, y llevarán a la hidalga tierra cuscatleca el recuerdo de esta patria cariñosa que ve en esta hora a la hermana nación salvadoreña como a un otro pliegue de la bandera nacional.

ATHENEAE quiere manifestar su regocijo por la venida de los Honorables señores Enviados y les presenta su más afectuoso saludo.



Hon. Sr. Dr. D. Rodolfo Schonemberg



Elogio tu voz (1)

Del libro inédito "Para leer en la tarde"

Cómo el amparo de tu voz persigo!
Al oír tu palabra el alma siente
que va entrándose en ella dulcemente
una fraterna sensación de abrigo.

Tu palabra es un bálsamo. Contigo
fuera cruzar la vida ir a una fuente;
tu voz es un raudal de agua fluyente
en que mi sed de compasión mitigo.

Tu palabra se tiende sobre todo
lo que me punza el corazón, a modo
de un vendaje suavísimo. Te escucho
y me parece que tu voz lejana
es la voz de consuelo de una hermana
que en su piedad, nos consintiera mucho...

Miguel Rasch-Isla

Bogotá, Colombia, 1917.

Majestad

Eskato bebeloi!

Deja de discutir. En tanto zumba
la abeja laboriosa que ama y crea,
el Universo para tí traquea
cual viejo caserón que se derrumba.

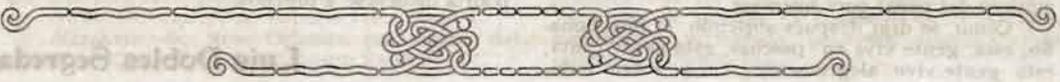
Deja la filosófica balumba
del teoricismo estéril de la Idea:
que tu labor de pensamiento sea
hacer una matriz de cada tumba.

Sé impetuoso, sé audaz y sé sereno:
si bebes como Sócrates veneno,
haz de tu muerte triunfadora única;
echa hacia atrás la testa pensadora,
y soñando en los dioses y en la aurora
cuida del albo pliegue de la túnica...

Rafael Cardona Jiménez

San José, C. R., 1917.

(1) Desde la ensoñada y legendaria Bogotá nos escribe el insigne poeta Miguel Rasch-Isla y nos envía dos hermosísimos sonetos inéditos de su libro en preparación: ELOGIO TU VOZ y LA DESCONOCIDA. El nombre de Rasch-Isla evita comentarios. Nosotros no hacemos más que publicar sus estrofas y estamos seguros de su éxito. En el próximo número publicaremos el otro soneto, LA DESCONOCIDA, que dá, como en esta ocasión, la idea de la vida que se tiene en América del poeta.



La Cabeza Calva

(Las gentes dieron en murmurar porque en la escuela donde trabajábamos había una alegre labor de día y de noche. Entonces se escribió este cuento que no se publicó).

Este es un cuento corto, pero podría ser un cuento largo. Eso no importa. No sé quién lo escribió, ni vosotros lo sabéis tampoco. Eso no importa. No está dedicado a nadie, pero podría estar dedicado a muchos. Eso sí que importa bastante.

Era un añoso roble de la antigua selva y era una amable sociedad de abejas que en el añoso roble de la antigua selva había construido el panal. ¡Cómo vivían contentas estas discretas y aladas reinas de la antigua selva!

¿Habéis puesto atención alguna vez en lo que es un panal? ¿Habéis conocido arquitecto que construyera en tanta pequeñez tan grande maravilla? ¿Habéis visto cómo están distribuidas y ordenadas las habitaciones y qué sabios problemas de geometría, de arquitectura y de economía ha resuelto cada celda?

Es encantador.

Yo os confieso que parece cosa más que de hombres.

¿Habéis entrado alguna vez en relaciones con estos diligentes animalillos, limpios en su cuerpo, correctos en sus modales, generosos en sus aptitudes?

¿Habéis visto en su casa qué aseo, qué orden, qué compostura?

¿Habéis encontrado alguna vez mayor afán y mayor disciplina y mayor armonía que en este monasterio de industria donde se vive eternamente visitando flores y trabajando miel?

Yo no, os lo confieso.

Pues así vivía la colmena de mi cuento.

Se distribuía por la antigua selva, de flor en flor, buscando una gotita de néctar para traer a la casa y elaborar después con cuidadoso afán.

Eran felices, trabajaban mucho, pero cantaban siempre. Sus alillas inquietas hacían constante música y como visitaban flores y hacían miel, su casa era una perenne fiesta.

Yo me asomé muchas veces para mirarlas. ¡Qué hermoso era todo aquello!

Tuve grandes ansias de hacer vida de abeja.

Es la primera parte de este cuento. Comienza la segunda.

Un gran cuervo negro y sañudo, calva la cabeza, cruel la garra, el ojo turbio, vino hasta el añoso roble de la antigua selva para pasar la noche y acertó a ocupar la misma rama donde el panal calgaba su cesta de miel.

Se acomodó para dormir y cuando metía la cabeza bajo el ala oyó las risas y los aleteos de las abejas.

Puso atento el oído, oyó bien la música y se fué hinchando de rabia.

Era una impertinencia vivir haciendo música, él no entendía de esas cosas.

El ojo turbio y la cabeza calva entraron por el agujero del panal para husmear.

Cómo, se dijo después abriendo el pico tamaño, esta gente vive en pascuas, esta gente canta, esta gente vive alegremente... y, sobre todo,

esta gente vive haciendo miel. El pobrecito nunca había ensayado a hacerla.

Esto no debe ser, se dijo, no puede ser y lanzó formidable graznido en el secreto de la antigua selva.

El cuervo, ya lo sabéis de sobra, es maestro consumado en el arte de graznar.

Yo acabaré con éstas, dijo mordiendo las palabras e hinchando el buche de rabia.

Siguió viniendo todas las noches a dormir en la rama del añoso roble y todas las noches metía su gran cabeza calva por el agujero del panal y comía abejas y comía abejas hasta que no cabían más en el ahito buche.

Todas las noches lo mismo.

Era imposible defenderse. En este panal se había convenido en abandonar los agrijones y la ponzoña; el cuervo era terrible y sobre todo era negro, las pobres abejas sentían grande miedo por lo negro.

Aquí termina la segunda parte porque comienza la tercera.

Entonces la reina, en presencia del desastre, reunió en consejo a las abejas mayores y así les dijo:

«No es posible defendernos; el cuervo nos devora, va acabar con nosotros, he pensado que tomemos una resolución. Como él llega al atardecer es preciso que busquemos otro sitio donde pasar la noche.

Trabajemos la miel hasta el atardecer y luego nos vamos. Cuando el cuervo asome su cabeza calva por la puerta de nuestra casa, no encontrará abejas que comer; la encontrará vacía.

A la mañana siguiente volveremos al trabajo, en la tarde nos volveremos a retirar y sobre todo, no hagáis música con las alas ni hagáis miel de flores».

La discusión surgió.

—Pero el panal se va a secar, dijo una linda abejilla de las más inquietas, se va a secar.

Otra respondió con honda filosofía:

—Sí, pero el cuervo no encontrará abejas que comer.

Otra agregó:

—Es preciso esperar a que se muera de hambre. . . .

—Podiera ser, dijo entonces una que estaba oculta en el fondo de aquel consejo, pudiera ser que al probar nuestra miel, a falta de abejas, viniera a buscarnos para que continuemos la labor en santas paces.

Yo no sé por qué, dijo convencida, pero tengo fe en que hasta los cuervos gustan de la miel y confío en el poder que ha de tener la miel sobre los cuervos.

Y aquí termina el cuento corto que pudo ser un cuento largo; no está dedicado a nadie pero que podría dedicarse a muchos.

Luis Dobles Segreda

Notas

Nuestra labor

ATHENEA se muestra muy complacida del éxito que ha alcanzado. Indudablemente es un estímulo para nosotros ver la entusiasta acogida que ha tenido nuestra revista, tanto en Costa Rica como en el exterior. Lo más valioso de nuestros intelectuales ha respondido al llamamiento que hicimos y están ya a nuestro lado colaborando por la cultura intelectual del país. Hemos recibido

también valiosa colaboración de afuera y encontramos por todas partes generosas palabras de aliento para la labor que emprendemos. Nuestro propósito será cada día más vehemente y procuraremos dar a la revista, con el concurso de todos, el interés que merece. Así, sólo pedimos la voluntad de los buenos y el entusiasmo de los espíritus nobles.

La velada del Teatro Nacional

La fiesta de arte que se verificó recientemente en el Teatro Nacional con el fin de recaudar fondos para las familias de las víctimas de la explosión del Cuartel Principal, fué un éxito completo. Prestaron en ella su concurso los más valiosos elementos y el público respondió con cariño a la obra de beneficencia que se hacía. No disponiendo de espacio para dar una crónica detallada de tan magnífico acto, nos limitamos a una nota, muy a nuestro pesar. Sin embargo, podemos ofrecer a nuestros lectores una copia del cuadro alegórico que para ese acto pintó el maestro don Tomás Povedano y que representa hacia el fondo el cuartel en ruinas, a lo lejos la ciudad de San

José, en una bella tonalidad de colores que hizo del cuadro el motivo de la noche. El maestro Povedano nos facilitó tan valioso trabajo y al efecto ha hecho un dibujo especial para publicarlo en nuestra revista. Nosotros nos complacemos en felicitar a los organizadores de tan hermosa velada por el éxito artístico y el fin tan noble que consiguieron y nos complacemos verdaderamente pudiendo ofrecer a nuestros lectores ese bellissimo cuadro, tirado en papel especial, que recordará nuevamente la desastrosa catástrofe que tanto luto dejó en las familias de las víctimas y tanto dolor en el Gobierno y pueblo de la República.

Rodín ha muerto

Ya en prensa nuestra revista, nos anuncia el cable que Rodín ha muerto. Querríamos disponer de todas las páginas en este momento en que el mundo ve caer al más genial de los hombres de su siglo. Como Hugo, Rodín debe tener la apotheosis de un semi-dios. Iluminado y celeste nú-

men que ya sentía en sus manos temblar el bloque en que inmortalizaría la Epopeya de Francia.

Costa Rica siente con la heroica patria de Joffre el dolor de esa muerte y alza el corazón en una plegaria altísima.

Demos recibido

Germinal, revista que dirige el Licenciado Francº Lagos y que se publica en Tegucigalpa, Honduras.

El Foro, revista mensual de Derecho, Legislación y Jurisprudencia. Director, Licenciado Luis Cruz Meza.

Colección Eos, publicación quincenal que dirige don Elías Jiménez Rojas.

Nosotros, revista de Ciencias y Letras que dirige el joven Alvarez Berrocal en la ciudad de Heredia.

El Lábaro, semanario católico. Director, Licenciado Matías Trejos.

Nueva Era, diario de la mañana que dirige don Luis Cartín.

La Prensa Libre, diario de la tarde. Director, don Otilio Ulate. Agradecemos mucho al colega, así como a *La Información*, las notas de simpatía que han publicado para nuestra revista.

Nous. Directores, A. Saborío y E. Sáenz C.

Mercurio, de New Orleans, por medio del agente en Costa Rica don Antonio Font.

América Latina, que dirige tan generosamente el Doctor Barrios, editada en Londres y en París. Este número publica el soneto de nuestro compañero D. Rogelio Sotela, «El Héroe de Beau-séjour», que fué premiado en el certamen literario de *La Prensa Libre* el 14 de julio pasado. ATHENEA agradece la nueva distinción que se hace a nuestro compañero.

«Confederación Hispano-Americana». Estudio laborioso del joven don Arturo Moncada sobre la vida activa que tienen las naciones de Latino América y proposiciones de ideal patriótico, que acreditan a su autor y lo revelan como esforzado publicista.

«Mis Primeros Ensayos», folleto de 72 páginas, del joven pensador don Moisés Vincenzi. Esta es la tercera serie de la publicación que ha venido haciendo este laborioso y extraño filósofo que nos muestra una «prueba de su Filosofía Personal». Por falta de tiempo no hacemos un comentario especial de su trabajo, pero nos complaceremos mucho haciéndolo luego.

La Compañía Nacional

El Teatro América ha seguido siendo el lugar de fiesta para San José. La Compañía Nacional trabaja siempre con el amor que tuvo para comenzar sus labores, y hoy ya tiene vida y ha logrado establecerse con el estímulo y el gran cariño de los costarricenses. Ultimamente hemos podido observar los progresos que han hecho nuestros artistas. Medina está insuperable; lo aplaudimos hace poco en la «Señora Capitana» y observamos cómo nuestro mimado actor se hace digno del cariño que se le tiene. Augusto Quirós sigue siendo el insus-

tituible Augusto, con su voz tan hermosa y su manera de alto artista. En Hurtado y Alfaro se ha visto verdaderos adelantos. Pero lo que más nos encanta y nos llena de gusto es ver a Oliva Arroyo y Amalia Trejos que al lado de la espiritual Juanita que las dirige, han logrado sobresalir muy visiblemente.

Nosotros, ya lo dijimos, tenemos que aplaudir con vehemencia a estos esforzados artistas que laboran hoy por el futuro teatro en Costa Rica.

EL ATENEO DE COSTA RICA

ABRE UN CERTAMEN PARA EL 1º DE ENERO DE 1918

El Ateneo abre un concurso para el 1º de enero de 1918, que se registrá por las bases siguientes:

- a) Estudio científico. ¿Cuál ha de ser la orientación patriótica de los costarricenses?
- b) Novelas, tradiciones y cuentos en prosa, temas patrióticos.
- c) Poesía: poemas, himnos, sonetos; cantos a un ideal patriótico.
- d) Música: temas que despierten sentimientos en armonía con el espíritu de este CONCURSO.

Los trabajos deben ser enviados sin firma, copiados a máquina y acompañados con tarjeta, con nombre del autor; y se recibirán hasta el 15 de diciembre de este año.

Un Jurado que oportunamente se nombrará, calificará las composiciones y dará tres clases de recompensas: medalla de oro, medalla de plata y diploma de honor. El Ateneo editará un libro o folleto con los trabajos premiados y con los que el Jurado juzgue dignos de la publicación.

La Directiva del Ateneo de Costa Rica

San José, setiembre de 1917.